

me cuidado no sólo en su traducción sino también en su paleografía, la cual deberá de hacerse a la vista del original o de una buena edición facsimilar (respecto a este último problema véase el ejemplo citado por López Austin en la página 10). La compilación sahguntina tiene las ventajas de ser extensa y contener un mismo texto en más de una versión, lo que facilita el cotejo de ideas. Además disponemos ahora de una extraordinaria edición facsimilar del *Códice Florentino* publicada por el Archivo General de la Nación, la cual resulta una invaluable ayuda para conocer la verdadera estructura de esta valiosa fuente. Gracias a esta edición podemos conocer con seguridad, por ejemplo, dónde estaban colocadas las ilustraciones, los colores de las mismas, lo que se escribió, lo que no se escribió, lo que se enmendó, e incluso lo que se tachó.

Queda ahora abierto, por primera vez, un importante campo de investigación de un segmento importante de la cultura náhuatl. Los textos mismos, usados muy pocas veces de manera crítica en libros y artículos previos sobre la educación mexicana, están a nuestra disposición y aunque "son en muchos casos registros oscuros, aparentemente contradictorios, insuficientes; pero en conjunto, trabajados con técnicas adecuadas, pueden darnos muchas de las respuestas que buscamos" (p. 11).

Xavier NOGUEZ  
*El Colegio de México*

## DOS LIBROS SOBRE HACIENDAS

María VARGAS LOBSINGER: *La hacienda de "La Concha", una empresa algodonera de La Laguna, 1883-1917*, México, UNAM, 1984, 166 pp.

Este libro es uno de los pocos trabajos hasta ahora publicados sobre la historia de una hacienda lagunera. Se basa principalmente en el archivo de la misma hacienda con sus escrituras, planos, contratos de arrendamiento, libros de contabilidad y algo de correspondencia. A mediados del siglo XIX La Laguna perteneció a varios latifundistas, quienes tuvieron la mala suerte de aliarse al imperio de Maximiliano. El gobierno de la República los castigó

con la confiscación de una parte de sus propiedades, pero con el tiempo los latifundistas, ya muy endeudados, perdieron también el resto. Surgió una clase nueva de hacendados algodoneros dueños de unidades más pequeñas, más manejables.

Un representante de esta clase era el propietario de La Concha, el coronel Carlos González Montes de Oca. Hijo de una familia de arrieros de la región, el joven Carlos González combatió con Juárez en el norte y después participó en las revueltas de Porfirio Díaz, en las que se ganó insignias de coronel. Después fue nombrado comandante de las guardias rurales. Sin duda, sus contactos políticos le fueron útiles pero difícilmente podrían explicar su ascenso económico y social. La explicación se encuentra más bien en su incansable trabajo. En los primeros años del porfiriato era arrendatario de tierras ajenas; el momento decisivo de su vida tuvo lugar en 1883 cuando compró una de las mejores fracciones del antiguo latifundio San Lorenzo de la Laguna, la hacienda de La Concepción, valuada precisamente por su proximidad al río Nazas y así la oportunidad de usar sus aguas para el cultivo de algodón. Al año siguiente llegó a Torreón el ferrocarril y con esto el auge incipiente se aceleró.

“Cuando el nuevo dueño establece la casa grande en ‘La Concha’, cuenta la autora, “la mayor parte de los terrenos de la hacienda eran agostaderos vacíos. El capital que necesitaba, no sólo para acabar de pagar la tierra, sino para mejorarla y trabajarla, tenía que ganarse internamente, a través de la producción de algodón, y ésta sólo podía aumentarse abriendo nuevas zonas al cultivo” (p. 138). Al parecer, la hacienda era demasiado grande para ser cultivada toda directamente por su dueño. El coronel González arrendó fracciones importantes que también usaron el agua de riego. Los ingresos por arrendamiento eran considerables, pero el ingreso principal de la hacienda durante toda la época porfirista provenía del algodón de la sección administrada directamente por el propietario. Huelga decir que, si bien la hacienda conservó en lo social muchos rasgos tradicionales, en lo tecnológico se modernizó. Sus utilidades, que ascendían en promedio al 14% en parte se reinvertían, de modo que no fue necesario recurrir al capital extranjero. El negocio algodonerero era tan bueno que, después de invertir en las mejoras tecnológicas, al dueño le sobraban fondos con los que adquiriría más y más tierras. Notable, sobre todo, fue su compra de la hacienda de “Bilbao” en los últimos años del porfiriato y a un precio muy elevado, lo que prueba sin duda alguna la fe del coronel González en la solidez del sistema porfiriano. Por esos años,

La Concha ya era un latifundio que incluía, además de 11 000 hectáreas de tierras de riego, la hacienda de "Bilbao" y agostaderos cuya superficie ascendía a más de 250 000 hectáreas.

Los trabajadores de La Concha se reclutaron de los aparceros que allí vivían, cultivando sus parcelas y pastando su ganado en las tierras de la hacienda. Sin embargo, con el crecimiento de la agricultura de riego se redujeron los pastizales y muchos aparceros prefirieron trabajar como peones de la hacienda. Otros siguieron siendo aparceros, pero con la obligación de ser también jornaleros de la misma hacienda y de ayudarlo en otros trabajos. Muchos peones debían a la hacienda pero sus deudas no parecían ser excesivas. De cualquier modo, el peonaje, la servidumbre por deudas, no existía ni podía existir en las proximidades de Torreón y otras ciudades laguneras cuya población se multiplicó durante el porfiriato con la inmigración proveniente del campo.

Si bien los peones de La Concha siguieron siendo pobres, tuvieron por lo menos el consuelo de pensar, como dice la autora, que la hacienda les ayudaría en los años malos. En efecto, esto era la tradición de las haciendas, pero los últimos años del porfiriato la resquebrajaron, con el resultado conocido.

Se recomienda la lectura de este libro sobre todo porque su autora supo combinar en él la narración histórica con un estudio económico y contable.

María Guadalupe RODRÍGUEZ GÓMEZ: *Jalpa y San Juan de los Otates, dos haciendas en el Bajío colonial*, León, Gto., México, El Colegio del Bajío, 1984, 172 pp.

Este libro es el primero que publica El Colegio del Bajío. En él se estudia la historia colonial de las haciendas de Jalpa y de Otates. Jalpa se sitúa a poco más de cuarenta kilómetros al suroeste de León; Otates, a corta distancia de esta misma ciudad. El material para el estudio de Jalpa se tomó de los archivos públicos; para Otates se tuvieron a disposición los papeles privados. Jalpa fue una hacienda famosa por su historia, pues de una merced de tierras otorgada en 1542 al encomendero Villaseñor creció en dos siglos para llegar a abarcar casi 70 000 hectáreas, para el Bajío una propiedad gigantesca, aunque hay que considerar que Jalpa se encontraba en la periferia del Bajío y que tres cuartos de sus tierras pertenecían a los Altos de Jalisco, mientras el cuarto restante consistía de tierras de riego. En el siglo XVIII Jalpa fue adquirida por la conocida

familia noble de los Monterde. Cien años después la compró el empresario, industrial y banquero porfiriano Óscar Braniff; se quedó en las manos de sus descendientes hasta la reforma agraria.

El libro comienza con un prólogo de Eric Van Young, especialista norteamericano en la historia de las haciendas coloniales. Van Young acuña allí el dicho “la hacienda es negocio, pero no es un buen negocio”, enmendando así las palabras de Molina Enríquez, “la hacienda no es negocio”. Jalpa producía hacia el final del virreinato una ganancia neta anual promedio del 7%. Por supuesto, había negocios mejores (pero más arriesgados) y también haciendas que producían más, pero no hay que olvidar que Jalpa se encontraba lejos de los centros principales de consumo y que su actividad más importante era la ganadería extensiva, aun cuando también vendía sus cosechas. Como señala la autora (p. 152), Jalpa abastecía carnicerías de Texcoco, Cuautla y Guanajuato; vendía sus productos —cabezas de ganado, cueros, lana— a México, Guadalajara, Zacatecas, Querétaro, Celaya, Aguascalientes y Durango. Era, pues, una gran empresa comercial. A causa en parte de su extensión, el porcentaje de sus utilidades netas tendía a ser bajo, pero a pesar de esto una parte de ellas se utilizó para invertir en otras actividades, lo que parece contradecir la opinión generalmente aceptada de que el capital acumulado, por ejemplo, en la minería, se invertía en la compra de las haciendas en las que ya se quedaba enterrado.

En comparación con Jalpa, la hacienda de Otates con sus 8 751 hectáreas era un mero enano, aun cuando su superficie eran más típicas de las haciendas del Bajío. Otates era también una empresa mixta agrícola-ganadera que vendía sus productos en primer lugar a la ciudad de León, de la cual no distaba ni diez kilómetros. Al parecer, Otates disponía de un buen equipo de mulas de transporte, lo que aumentaba sus ganancias.

Tanto Jalpa como Otates tenían, naturalmente, sus peones permanentes. El endeudamiento de estos últimos no pareció haber sido un factor importante en su reclutamiento o en su permanencia en la hacienda. De hecho, el dueño de Jalpa envió una “carta de instrucción” a su administrador, ordenándole que no prestara a los peones. Así sucedió que la hacienda llegó a deber varias veces a sus trabajadores, fuese para retenerlos fuese por escasez de dinero en efectivo.

Es de esperarse que la autora continúe su estudio de 1810 a 1910, lo que podría enseñarnos la modernización introducida en Jalpa por el ingeniero Braniff.

Aunque más sencillo que el libro anterior, el libro de María Guadalupe Rodríguez es recomendable por los puntos interesantes que revela.

Jan BAZANT  
*El Colegio de México*

## DOS LIBROS SOBRE INDUSTRIA TEXTIL

Angelina ALONSO: *Los libaneses y la industria textil en Puebla, México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983, 181 pp. (Cuadernos de La Casa Chata, 89).

La primera parte de esta pequeña obra contiene una breve reseña de la historia textil poblana en el siglo XIX, historia ya abundantemente conocida por los trabajos de Potash, Keremitsis, Bazant y otros.

La segunda parte es interesante por su descripción del Líbano en la segunda mitad del siglo XIX y el aumento de la población cristiana maronita, hasta entonces una minoría, a causa de su aceptación de la vacuna, hasta convertirse en la mayoría absoluta de la población del país. Este factor, es decir, la sobrepoblación, al cual podemos agregar la persecución religiosa propiciada por el nuevo movimiento panislámico, condujo a una emigración masiva de los cristianos libaneses a partir de 1900. Los emigrantes se sintieron atraídos sobre todo por los países americanos, en aquel entonces en pleno auge y abiertos a todo el mundo.

Ya en el Líbano se notaba la preferencia de los maronitas por la sericultura y los tejidos de seda. Aquí en México, los libaneses comenzaron modestamente como los después proverbiales comerciantes ambulantes. Pero no se quedarían mucho tiempo en ese nivel.

En 1930, en Puebla hubo 164 fábricas y talleres textiles, de los cuales 116 eran propiedad de mexicanos, 46 de españoles, 2 de franceses y sólo uno de un libanés. Diez años después, en 1940, el número de los libaneses fabricantes textiles aumentó en unos veinte. Estaban dedicados en buena parte a la artisela, ese sustituto relativamente barato de la seda natural, en aquel entonces ya sumamente cara. Dos años después, en 1942, los fabricantes textiles libaneses